

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

25 Los asesinos de escritorio



JAIME SMART: CÁRCEL PARA EL PRIMER REPRESOR CIVIL DE LA DICTADURA

Supongamos que uno tiene el delirio de escribir una historia exhaustiva sobre el peronismo, una “historia para la historia”, supongamos que decide seguir un plan que posea cierto rigor expositivo, que no sea rígido porque con el peronismo si uno se pone rígido elige alguno de los tantos bandos, se aferra a él y ya no entiende nada, pero uno busca un plan expositivo claro y, de algún modo, creciente, que vaya acumulando los hechos en un orden que siga al de los sucesos, aunque sepa que esos hechos no le van a entregar ni la historia ni la interpretación del peronismo, acontecimiento que tendrá miles de posibilidades de ser narrado e interpretado. Pero, de pronto, ocurre algo, ocurre mientras uno está escribiendo esta filosofía de esta obstinación, el peronismo, y uno se dice: “No, aquí tengo que detenerme”. Lo que ocurrió hoy merece que deje, por el momento, de ocuparme de algo que tanto me fascina (y, creo, también a los lectores) como los libros de la Libertadora, y dar cuentas de este hecho.

El hecho es el siguiente: arrestaron al primer represor civil de la última dictadura militar. Lo que, hoy, leí, y lo leí porque me lo envió mi hija que, junto a su hermana, pasaron gran parte de su infancia ensombrecidas por tener un papá tan loco, tan amargo, que nunca reía y que vivía pendiente de noticias que ellas no sabían de qué trataban, aunque, percibían, tenían que ver con el miedo, hasta el punto de que la menor, que tenía tres años en 1976, inventó algo, una amenaza que ella llamaba “los ladrones” y nos decía que iban “a venir los ladrones” y hasta, a veces, llorando, preguntaba: “¿Por qué existen los ladrones?” y la mayor dibujaba una y otra vez, con lápices de colores, militares y policías, una de esas hijas, la mayor, sin agregar una palabra a su mail, me envió esta noticia: “Martes 06 mayo 2008, 13:35: Detuvieron al ex gobernador bonaerense de la dictadura Ibérico Saint Jean. Lo había ordenado esta mañana la Justicia de La Plata en el marco de la causa que investiga el secuestro de Jacobo Timerman. También fue detenido su ministro de Gobierno Jaime Smart. El ex gobernador militar bonaerense durante la dictadura Ibérico Saint Jean y su ex ministro de Gobierno Jaime Smart fueron detenidos hoy por orden del juez federal de La Plata, Arnaldo Corazza. Ambos están acusados de violaciones a los derechos humanos perpetradas en el marco de la denominada ‘causa Timerman’.

”Según informó el abogado querrelante Alejo Ramos Padilla a la agencia DyN, ambos se presentaron esta mañana ante el juzgado de Corazza, quien los notificó de sus detenciones y les concedió la prisión domiciliaria debido a que ambos son mayores de 70 años.

”El ex militar Saint Jean y el abogado Smart, defensor entre otros de Albano Harguindeguy, están acusados de múltiples privaciones ilegales de la libertad, secuestros, aplicación de tormentos y desaparición forzada de personas. En la causa por la que fueron detenidos, están imputados por los hechos que derivaron en el cierre del diario *La Opinión* y el secuestro del periodista Jacobo Timerman.

”Héctor Timerman, actual embajador argentino en Washington e hijo del periodista, es el principal querrelante en el expediente.

”Con su detención, Smart se convirtió en el primer miembro civil del gobierno de facto detenido por presuntos delitos de lesa humanidad.

(Fuentes: Télam y DyN)”.

No voy a contar una historia que está ya narrada largamente en una de las mejores novelas que escribí y que creo, si no es la “novela de la dictadura”, es, sin duda, una de ellas, sobre todo la que trata la suerte de los que quedaron viviendo bajo el horror pero en superficie, los que sabían que habían hecho bastante pero quizá no tanto, que podían quizá no irse, quizá no ser víctimas, o porque no habían estado “dentro” de ninguna orga o porque no habían agarrado un chumbo en su vida. El doctor Jaime Smart, *el primer civil detenido por crímenes de lesa humanidad*, se encargó, al menos para mi personaje Pablo Epstein, que, los

que han leído mis novelas y los que se las saltearon con todo derecho y no hay drama, saben o sabrán ahora que es un cierto *alter ego* mío, pero igualmente un personaje de ficción. Si uno no escribe una autobiografía y elige escribir una novela y en lugar de ponerse uno pone a un personaje es porque o no quiere contar todo, o porque quiere contar de otro modo, agregando o quitando cosas y, definitivamente, con la excepcional libertad de creación que da la literatura. Pero el doctor Jaime Smart, tanto para Pablo Epstein (el protagonista atormentado de *La astucia de las armas* y *La crítica de la razón*) como para mí, siempre fue un personaje temible, un hombre que, como ideólogo que era, fanáticamente creía que la culpa de todo residía en los ideólogos, en los que habían mancillado el alma de los jóvenes argentinos. Pablo Epstein, en diciembre de 1976, tramaba huir finalmente del país, pero tenía dos contras: había sido intervenido, un año atrás, de un cáncer muy agresivo, *que mata en los dos primeros años*, un cáncer de testículo, que se da sobre todo en hombres jóvenes, de aquí su agresividad inmediata. Si superaba los dos años y seguía vivo podía tener esperanzas. Durante los dos primeros meses de 1976 lo radiaron intensivamente. Los médicos le decían que no se fuera del país porque no podría pagarse el tratamiento adecuado afuera (y era cierto) y, ahí sí, era certero que la enfermedad se agravaría, algo que, en este caso, era morir, sin más. La otra contra para huir era que estaba “loco”. Que el hecho sencillo pero pavoroso de correr el doble peligro de morir por dentro o morir por fuera, o por las células que harían metástasis en el pulmón (que es donde hace metástasis el tumor de testículo) o como parte de las células “subversivas”, como “cómplice” o “ideólogo” que había adoctrinado a quienes las formaron, determinó una neurosis de tipo obsesivo compulsivo, hoy conocida como TOC, Trastorno Obsesivo Compulsivo: leía durante todo el día las declaraciones de los militares y memorizaba los textos que había escrito para “resolver” si él era inocente o no, si debían buscarlo o no. Una vez que las había leído las volvía a leer casi hasta memorizarlas, cosa de la que nunca quedaba seguro. Por lo cual volvía a leerlas. Esa era la pesadilla. No poder detenerse. Igual que el alcohólico. El drogadicto. O el compulsivo sexual. O el que se lava las manos treinta veces por día hasta encontrar que, en lugar de jabón, lo que ahora tiene en las manos es sangre. El trastorno obsesivo compulsivo de Pablo tenía lugar en la recurrencia de pensamientos obsesivo-paranoicos que no podía controlar. (Nota: No había medicación apropiada para esta neurosis durante esos años. Vagamente se daba Halopidol o Anafranil, que no conseguían casi nada. Recién con la aparición del *Prozac*—y sus varios hermanos o primos o sobrinos— la cuestión mejoró. Hoy es bastante controlable, sus “recurrencias” son muy espaciadas y no tienen la agresividad anterior al avance notable de los psicofármacos a partir de fines de la década del ‘80. O sea, Epstein tuvo que esperar muchos años.) Pero la explosiva mezcla que se había producido en la psiquis de Epstein tenía que ver con una noción muy candente acerca de la culpa. La propaganda agobiante de la dictadura había logrado—en quienes estaban en el país y la recibían cotidianamente— crear una conciencia de culpa: todo aquel que hubiera hecho algo cercano a ese concepto indefinible (y en esta indefinibilidad radicaba su terror) llamado *subversión* era culpable. ¿De qué? De la destrucción del país. De la guerrilla. De los asesinatos. De la penetración ideológica. Pablo vivía tratando de decidir (éste era el mecanismo más preciso de su obsesión compulsiva) si era inocente o culpable. Lo cual, trasladado a su cuerpo, era lo mismo: si era inocente, habría de vivir; si era culpable, moriría de esa metástasis en el pulmón. Sabía que estaba inmerso en la categoría de “ideólogo de la subversión”. Pero conseguía, a veces, serenarse creyendo que la cosa era sólo con la “subversión armada” o que lo suyo tal vez no hubiera sido tan grave. Aquí es donde aparece el doctor Jaime Smart, ministro de Gobierno de Ibérico Saint Jean. Aparece para aclararle definitivamente las cosas a Pablo. Saint Jean, antes, había dicho una enormidad del terror represivo, que hizo huir a muchos, en un discurso en que afirmó (hoy ese discurso es célebre, es una pieza maestra

de la paranoia genocida) que primero matarían a los subversivos, después a los cómplices, después a los familiares, luego a los indiferentes y por fin a los tímidos. (Trataremos estos temas más adelante: al llegar a la dictadura.) Pero la desmesura de Saint Jean era tan abaricante que no consiguió atemorizar tanto a Pablo como la precisa, fría, acotada, sentencia del doctor Smart. Está, como dije, narrada en *La crítica de las armas*. Paso, pues, a citar el pasaje de la novela, escrita en 2002, mucho antes de que imaginara yo que, alguna vez, el doctor Smart sería detenido. A partir de la p. 101 de la edición que *Página/12* hiciera en 2007 se describe a Pablo deteniéndose en un kiosco, leyendo el titular de la noticia de las declaraciones de Smart, comprando el diario, metiéndose en la confitería *Mignon*, que estaba entonces en Cabildo y Juramento, y leyendo en una mesa las palabras de ese abogado poseído por lo que Adorno había llamado “el principio persecutorio”. He aquí el texto: “Era *La Nación* del 12 de diciembre de 1976. El título del importante artículo (ocupaba casi media página del diario) era: *Desenmascarar a quienes armaron a la subversión. La Plata (NA)*.— Tenemos el deber de desenmascarar a quienes armaron a los delincuentes subversivos, porque si no corremos el riesgo de que dentro de unos años vuelvan de las sombras”. El ministro de Gobierno había hablado por LS11 Radio Provincia de Buenos Aires. Con entusiasmo, se había referido al reequipamiento de la policía bonaerense, “manifestó que en los últimos ocho meses se invirtieron más de 1500 millones de pesos, y que se aumentó el plantel de la dependencia en 30.000 hombres”. Las cifras, pensaría Pablo, el horror de las cifras. Varias veces encontraría, por uno u otro motivo, esa cifra en las declaraciones cívico-militares de los purificadores de su país: treinta mil. “En el Ministerio de Gobierno (seguía el doctor Smart, seguía leyendo Pablo) hemos tenido siempre presente la necesidad de volcar todos los recursos en la lucha contra la subversión”. De acuerdo, piensa Pablo. Eso ya lo sé, ustedes luchan muy duramente contra la subversión, contra el ERP y contra los Montoneros, contra la guerrilla que agredió las sagradas instituciones de la República, pero nosotros, ciudadanos que jamás agarramos un arma, ni un revólver ni una honda ni un cortaplumas, nosotros podemos vivir tranquilos, ¿no? Y el doctor Smart descargaba sus frases más terroríficas, qué te pensás, idiota, todo eso ya se sabe, yo vengo a ampliar la cosa, a señalar, no lo obvio, lo evidente, sino aquello que subyace, lo soterrado, lo que está entre las sombras de la cobardía y lo que expresa, sin embargo, la mayor de las culpas, el origen mismo del pecado, a vos y a los tuyos vengo a desenmascarar... Lo cierto (sigue el doctor Smart, lee Pablo) que esa subversión no es la subversión meramente armada. Muchas veces se equivocan los términos cuando se limita exclusivamente el de subversión al combatiente que es abatido por las fuerzas del orden. En la subversión debemos incluir a quienes armaron a esos combatientes, pues si nos ponemos a analizar creo que son más responsables que los mismos combatientes.” Se invertía la relación valorativa combatientes guerrilleros-militantes de superficie. De pronto, los militantes de superficie eran los más culpables, y hasta los combatientes guerrilleros eran sus víctimas, sus primeras víctimas, ya que habían sido lanzados a la subversión por los “profesores de todas las categorías de la enseñanza”. La ratio represiva del doctor Smart daba vuelta la valoración que se tenía entre guerrillero y militante de superficie. Este último era el más peligroso. Cuando los Montos y toda la Tendencia voceaban “Si Evita viviera sería Montonera” no decían eso, sino lo contrario: que Evita estaría en el lugar más avanzado de la lucha, entre los combatientes armados, en el fragor del combate. No, para el doctor Smart la cosa era distinta. Para él, si Evita viviera habría sido maestra de primer grado inferior, o monja del Tercer Mundo, o periodista o, desde luego, profesora universitaria y habría introducido textos de Marx en sus programas, en sus bibliografías y habría sido peor que la Evita combatiente que pregonaban los jóvenes marxistas, también en esto equivocados, habría sido la Evita que escribiera *Educación y Liberación*, ese libelo que fuera secuestrado en una escuela de Coronel Pringles, ya que “el gobierno de la Pro-



mente reflexionó sobre la experiencia extrema concentracionaria, el que estableció esa simetría, esa relación inevitable: “No tengo tendencia a perdonar, nunca he perdonado a ninguno de nuestros enemigos de entonces, ni me siento inclinado a perdonar a sus imitadores en Argelia, Vietnam, la Unión Soviética, Chile, la Argentina, Camboya, o África del Sur” (*Los hundidos y los salvados*).

La lógica persecutoria del ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires se expresaba en las acciones de represalia. Con el culpable de superficie, con el subversivo ideológico sucedía algo distinto que con el militante clandestino: estaba a la mano, fácil, regalado. ¡Qué festín para las fuerzas represivas! Los verdaderos culpables de la subversión no eran clandestinos, vivían en sus casas, con sus hijos, sus mujeres. De modo que cuando la “subversión armada” cometía un acto miliciano, el poder militar descargaba su golpe, ante todo, sobre los verdaderos responsables, los ideólogos, los que habían envenenado las almas, y también sobre los obreros que pedían mejoras, o sobre los opositores políticos, los escasos opositores que aún no se habían arrodillado ante los señores de la muerte, algún periodista díscolo, algún director teatral que ponía una obra cuestionada, cualquiera. Era tan fácil: eran los más culpables y no se escondían. Estaban en las sombras, se habían retraído, pero seguían en sus casas, accesibles, ingenuos, creyendo que la cosa no era con ellos, que el castigo habría de ignorarlos. Grave error. (*Nota al pie*: Esa desaforada ampliación de la figura del subversivo determinó que, siempre que la guerrilla golpeaba, los primeros en pagar fueran los perejiles de superficie. Muchos ya presos. Rehenes, carne de represalias. “Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, cincuenta y cinco en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, treinta por el atentado en el Ministerio de Defensa, cuarenta en la Masacre del Año Nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, diecinueve tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela, forman parte de 1200 ejecuciones en trescientos supuestos combates donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos (...) muchos de esos rehenes son delegados sindicales, intelectuales, familiares de guerrilleros, opositores no armados, simples sospechosos” (Walsh, *Carta a la Junta*). Para la lógica del doctor Smart, no. Eran los que habían “armado” a la subversión, los más culpables de los culpables. El origen mismo de la culpa.)

Pablo dobló el diario, pagó y salió a la calle. Volvió a cruzar Juramento, evitando esta vez que el Sesenta lo aplastara o su conductor lo cubriera de puteadas, y fue en busca de su coche, su Taunus de empresario próspero. Regresó a su casa. Llamó a su psicoanalista, Enrique Tessio. Le contó todo. “Pablo, no es así. Ese hombre tuvo un exabrupto, una explosión irracional. Además, son líneas internas. Usted lo sabe mejor que yo. En la Provincia de Buenos Aires está el ala dura. Aquí no, aquí la cosa está centralizada en los cuadros armados de la subversión.” “No le creo”, dijo Pablo. “¿Está en su casa?”, dijo Tessio. Pablo contestó que sí. “¿Qué medicación tiene a mano?” “Lexotanil de 6.” “Tómese dos y trate de dormir”, dijo Tessio. “Eso, pensaría Pablo, diferenciaba a un perejil de superficie de un guerrillero. Acorralado, el guerrillero se tomaba una pastilla de cianuro. El perejil de superficie, un Lexotanil de 6 mg.

Igual, no pudo dormir” (J. P. F., *La crítica de las armas*, Buenos Aires, Página 12, pp. 101/105).

¿DE QUÉ HABLAN LOS QUE HABLAN DE LOS DOS DEMONIOS?

¿De qué hablan quienes hablan de los dos demonios? ¿Qué clase de demonio era la autora de *Educación y Liberación*, ese libelo que fuera secuestrado en una escuela de Coronel Pringles? Y no tenga nadie ninguna duda: a esa profesora, si no había logrado huir del país, la detuvieron, la torturaron, la violaron y la tiraron al Río de la Plata, todo por haber escrito un libro llamado *Educación y Liberación*, que era, la palabra “Liberación”, una especie de comodín que se le ponía de título a tantas, tantas cosas. Como “dependencia” o “Tercer Mundo”. Las palabras del doctor Smart reve-

mente, o por lo menos que no tengan como en otra época la posibilidad de accionar fácilmente y llevar a la subversión armada a tantos jóvenes universitarios y secundarios que, día a día, caen en distintos enfrentamientos.”

Pablo, pensaría Pablo, sabría que, en caso de tener que citar alguna vez el texto del doctor Smart, lo haría con indebida extensión. Que, si lo hacía en una novela, detendría el ritmo del relato. Si en un ensayo, la línea del razonamiento. Pero desde ese 12 de diciembre en que lo leyó se dijo a sí mismo que no lo olvidaría y que si alguna vez debía citarlo (si vivía para hacerlo) lo haría extensamente, desordenadamente, sin preocuparse por el ritmo del relato, por la línea de la exposición ensayística o por la maldita estética en cualquiera de sus formas. Un texto de Adorno vendría en su ayuda: “El autor fue incapaz de dar el último toque a la redacción del artículo sobre Auschwitz; debió limitarse a corregir las fallas más gruesas de expresión. Cuando hablamos de lo horrible, de la muerte atroz, nos avergonzamos de la forma (...). Imposible escribir bien, literariamente hablando, sobre Auschwitz; debemos renunciar al refinamiento si queremos permanecer fieles a nuestros instintos” (Consignas, Prefacio). Latía un supuesto en la recurrencia al texto de Adorno: que la masacre argentina resignificaba Auschwitz. Claro que sí. Fue Primo Levi, el escritor que más honda-

vincia (sigue el doctor Smart, lee Pablo, en la Mignon, en una mesa contra la pared, meado en las patas, con el culo, según se dice, a cuatro manos, ¿por qué se dirá así?) conoce perfectamente que la subversión es ideológica y se desenmascaran estos casos. La prueba está que en esta semana se tomó una decisión drástica contra un establecimiento educacional” en, sí, en Coronel Pringles, y se secuestró (palabra aplicada, según vemos, a las personas y a los libros, o, más exactamente, a ciertas personas que leen ciertos libros y peor aún a esas personas que hacen leer esos libros a la juventud argentina, defendida siempre por sus Fuerzas Armadas y por todo el país sano) un libro llamado *Educación y Liberación*, pura basura marxista, pura expresión de la peor de las subversiones, la ideológica, porque sepan, señores, si Evita viviera sería ideóloga, he aquí la verdad, y si quieren decirlo de otro modo, si quieren unir a Evita con esa materialidad, con esos objetos maléficis que más putricionan el alma de nuestros jóvenes, digan sin hesitación alguna: Si Evita viviera sería librera. ¿Dónde están ahora todos esos canallas que envenenaron el alma argentina? “Ahora (dice Smart, lee Pablo, a cuatro manos su culo estremecido), ellos, que en su momento los armaron, han dado un paso atrás tratando de pasar desapercibidos. Una de las mayores preocupaciones es cuidar que en el ámbito de la cultura no se infiltren nueva-

lan hasta qué punto la represión se desató contra civiles desarmados, contra “profesores de toda la enseñanza”. La paranoia decía: “Ellos plantaron en sus mentes la semilla de la subversión”. Esto de la semilla de la subversión era también el justificativo para matar chicos de catorce o dieciséis años: en ellos ya estaba la semilla de la subversión. O niños, que la heredaban.

Se dice del doctor Smart que presenciaba personalmente las torturas. No lo sé. No me consta. Pero una de las técnicas de la contrainsurgencia argentina era comprometer a todos los oficiales en los actos de torturas y también a muchos civiles, la mayoría empresarios del establishment. Era un sadismo que los militares ejercían sobre los hombres de negocios por los cuales luchaban y quienes les facilitaban las listas de las comisiones internas que debían liquidar. Era como si los militares dijeran: “Lo hacemos, pero vengan a presenciar el espectáculo. No se queden cómodos en sus casas en tanto nosotros hacemos la tarea sucia. Vengan y miren. Esto es lo que hacemos para defender sus negocios y, también, el estilo de vida argentino, el ser nacional, el estilo de vida occidental y cristiano”. Lo dice el más grande historiador de los tiempos modernos en un libro que escribió a sus gloriosos noventa años (no todo habla en favor de la denigración de la condición humana): “El ascenso de un colosal terror a lo largo del último siglo no es reflejo de la ‘banalidad del mal’, sino de la sustitución de los conceptos morales por imperativos superiores (...) en los regímenes militares de América latina en la época en que podía obligarse a *todos* los oficiales argentinos de una unidad participar en actos de tortura a fin de que recayera sobre ellos, en conjunto, lo que de este modo quedaba admitido como una *infamia compartida*” (Eric Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Crítica, Barcelona, 2007, p. 139).

El doctor Smart es lo que Theodor Adorno llamaba “asesinos de escritorio”. Adorno establecía que era la sociedad de competencia, con la consagración de la mónada social, la que llevaba a la insensibilidad de las conciencias ante la suerte del otro, del perseguido. Cuando se pregunta por qué tantos callaron, por qué nada hicieron quienes escucharon los gritos en la noche, habrá de responder que el terror es una explicación, pero que la sociedad que se basa en el individuo y diluye la idea del vínculo es también responsable de los silencios ante el dolor de los otros. Hay una incapacidad de identificación.

¿En qué se basa y cómo se combate contra ella? Quienes no se identifican con los perseguidos lo hacen desde dos vertientes: 1) Sólo los perseguidos serán perseguidos. Ellos, al no estar dentro del grupo perseguido, están a salvo. 2) Los perseguidos algo han hecho para serlo. Lo que remite a nuestro célebre “por algo habrá sido” o “algo habrán hecho”. Adorno tiene un par de cosas para decir sobre esto.

EL GRUPO PERSEGUIDOR

El grupo perseguidor —dice— es insaciable. Hay una “insaciabilidad propia del principio persecutorio”. (*Consignas*, Amorrortu, Barcelona, p. 94). Y luego escribe: “Sencillamente, cualquier hombre que no pertenezca al grupo perseguidor puede ser una víctima”. Este es realmente un razonamiento poderoso. Adorno dice que hay que apelar a él (siempre en la busca de impedir la repetición de Auschwitz o de la ESMA, agregamos nosotros, argentinos) porque hincan el diente en el principio egoísta de las personas. “He ahí un crudo interés egoísta al que es posible apelar” (*Ibid.*, p. 94). Sabe que es ingenuo e insuficiente apelar a la generosidad, sobre todo en una sociedad que se basa en el egoísmo smithiano. Sería entonces necesario decir (decirles por ejemplo a los argentinos): “El principio persecutorio es insaciable. Entre nosotros, lo expresó ese general que proponía fusilar progresivamente hasta, por último, fusilar a los ‘tímidos’. Ese personaje expresó como nadie —como casi ningún hombre del régimen hitleriano— lo que Ador-

no llama ‘insaciabilidad del principio persecutorio’. (*Ese general fue Ibérico Saint Jean*, detenido ahora junto a Jaime Smart.) Que nadie se considere a salvo. Se comienza persiguiendo a una minoría y se termina por perseguir a todos, ya que el principio persecutorio se alimenta de sus propios crímenes y, así, no puede detenerse. Para impedir que Auschwitz o la ESMA se repitan hay que apelar, en la educación, a los instintos egoístas de preservación. Quienes piden que maten a los otros para vivir en una sociedad segura están instaurando el régimen que puede devorarlos. Un orden que mata termina eliminando la seguridad. Cuando una vida pierde su valor, la pierden todas. Sólo están seguros quienes pertenecen al grupo persecutorio, y ni ellos, ya que el terror puede devorarlos con cualquier excusa”. La propuesta adoniana de instituir en la educación el concepto de la insaciabilidad del principio persecutorio es fundamental en la Argentina, un país que siempre encuentra culpables, y pide, por consiguiente, mano dura para ellos.

Adorno se pronuncia luego contra la “razón de Estado”. Escribe: “Cuando se coloca el derecho de Estado por sobre el de sus súbditos, se pone ya potencialmente el terror” (*Ibid.*, p. 95). Luego diferencia entre los ejecutores y los asesinos de escritorio. Cree que la educación podría menguar el número de hombres dispuestos a transformarse en verdugos. Pero: “Temo que las medidas que pudiesen adoptarse en el campo de la educación, por amplias que fuesen, no impedirán que volviesen a surgir los asesinos de escritorio”. La conclusión es pesimista, ya que si vuelven a surgir los asesinos de escritorio habrán de retornar los verdugos, que son muy dóciles a sus razones.

Y, por último, y sé que esto me va a ganar odios feroces, pero no puedo de dejar de decir *todas* las verdades aunque sean terriblemente incómodas, ¿cómo llamarían ustedes a un tipo que, desde un escritorio, lejos, en México, seguro, creyendo manejar una “guerra” que no es tal, entregándoles a los militares la coartada de la “guerra sucia” al afirmar que pelea una “guerra”, al incurrir en un accionar sin masas, en un vanguardismo que gira en el vacío, que encuentra su razón más profunda en su propia soberbia y en el pequeño grupo que lo rodea, ese tipo, desde un escritorio, ordena “contraofensivas” que mandan a la muerte segura a cientos de jóvenes desalentados, con pocas esperanzas, mal equipados, pasto fácil para las fuerzas de contrainsurgencia y sus inenarrables crueldades. ¿Cómo lo llamaría Adorno a ese personaje? Lo llamaría como lo que es: *un asesino de escritorio*. No es alguien que mató, pero es alguien que envió a la muerte. Por cierto que su responsabilidad no es la misma que la de Smart, quien tenía todo el poder del Estado y, casi seguramente, presenciaba torturas y asesinatos. Pero éste carga sobre sí muchas vidas que debieron salvarse, muchas vidas a las que envió al tormento por su vanagloria triunfalista e irresponsable. Smart y Firmenich no son dos demonios. Uno tenía el Estado y no mandó a nadie *de los suyos* a morir, salvo quizás a algún milico muerto en combate, en los pocos verdaderos enfrentamientos que hubo. Pero Smart enviaba —desde el poder del Estado— a milicianos que sabía iban a destrozar a sus oponentes. *No los mandaba a morir, los mandaba a vencer y luego a matar a los derrotados*. Firmenich, desde el escritorio del exilio, los mandaba a morir. También a matar, pero sabía que no matarían a nadie o a muy pocos. Y si no lo sabía, estaba extraviado. Era claro que esas acciones servirían sobre todo para enfurecer el revanchismo militar y provocar más muertes, muertes de cautivos o de pobres tipos de superficie, hacia los cuales, a causa de cada delirio miliciano del Pepe, se ampliaba el espectro represivo, que no pensaba incluirlos, pero que, ahora, el revanchismo los requería como pobre carne de venganza. Qué horror, qué injusticia, qué atrocidad, qué falta total de conocimiento de la verdadera relación de fuerzas, qué modo de desconocer el reflujo de

las masas o qué modo de cagarse en ellas, como lo hizo. ¿Vamos a seguir demorando la discusión de estos temas? ¿Que se le hace el juego a la derecha? De ningún modo: nos deterioramos los tipos de izquierda, los que siempre apostamos a las masas y que, por ellas, por el peronismo de masas, nos metimos en él.

Pero —en esta historia de la obstinación peronista— aún no llegamos a ese punto. Llegaremos en el punto titulado: *Peronismo y violencia: levantar la mano sobre el otro*. El título se inspira en uno del poeta Jean Améry, que fue detenido por los nazis en Bruselas, en 1943, y trasladado a Auschwitz. Améry escribió un libro sobre el suicidio: *Levantar la mano sobre uno mismo (Levantar la mano sobre uno mismo, discurso sobre la muerte voluntaria, Pre-Textos, Valencia, 2005)*. En un hotel en Salzburgo, en 1978, se suicidó.

Hoy, ahora, nos alegra que Jaime Smart responda por sus crímenes. Y que Ibérico Saint Jean confiese a cuántos subversivos, amigos de subversivos, familiares, indiferentes y tímidos mandó a fusilar tal como, con descarada transparencia, lo dijo en 1976, públicamente, en el colmo del reino de la impunidad, que ya no lo protege porque se está derrumbando.

Confieso que solía decir que no saldaba lo esencial que Videla fuera preso. O Massera. Que estaba bien, claro. Pero nada podría sosegar la catástrofe que habían descargado sobre una entera generación, la enfermedad mental de Pablo Epstein, que se curó definitivamente de su cáncer pero siempre temerá —cada día menos, es cierto, porque hay gente que lo quiere y sabe bien cómo protegerlo de sus “recurrencias” cada vez menos “recurrentes”—, siempre temerá, decía, alguna recurrencia, algún avance de ese mal adormecido. Sin embargo, la prisión para el cruel doctor Jaime Smart, que tanto daño hizo a su salud mental porque dio justo en el clavo de su enfermedad, porque lo llenó de culpa, porque dijo “ustedes, los ideólogos, son los que armaron a la subversión, son los más culpables de todos, más culpables que el combatiente al cual abaten las fuerzas de seguridad”, esa prisión calmó su sombría, oculta, sensación del daño irreversible. Tienen razón las Madres: el castigo de los culpables es reparador. Entrega una cálida certeza: la historia, en algún momento, castiga a los malvados, a los asesinos. No todos logran zafar. No a todos cubre la impunidad. No le deseo ningún mal al doctor Smart. Sólo pido para él, como piden las Madres y las Abuelas, justicia. Que se lo juzgue como lo que fue: posiblemente el más lúcido y fanático adherente de la dictadura asesina. Sólo José Luis García Venturini, que murió antes de la llegada de la democracia, probablemente sintiendo que se venía una época que no podría tolerar, se le iguala. Smart fue un fanático, un hombre en que el odio llegó a los extremos, ahí donde se transforma en la necesidad incontenible de matar al Otro, en todas las formas en que él dictamina su culpabilidad ilevantable.

Seguiremos con la Libertadora en el próximo suplemento. Me disculpo si personalicé esta cuestión excesivamente. Me habría sido muy difícil evitarlo. Pero acaso este texto de Smart (que logré recuperar por una gestión que hizo una de mis hijas en el CELS) sirva para aportar en algo a su enjuiciamiento.

Quiero, por último, aclarar que trataremos sobre Ernesto Sabato en el Suplemento N° 26, y que de Sabato uno podrá decir cosas a favor o en contra, pero es un hombre que está en los antípodas de Smart. Es un acto de sincero respeto alejarlo de semejante monstruo, ya que, al ocuparse de él el suplemento que sigue, podría llevar a pensar que esa cercanía es más que un hecho expositivo. Que quede claro: no. Este suplemento (el de hoy) está fuera de la cadena expositiva (o de la que intentamos establecer pese a sus evidentes quiebres) de nuestro relato. Sabato viene en el suplemento siguiente al de Smart, pero es nuestro deber despegarlo absolutamente de un personaje tan sombrío, de un asesino.

PRÓXIMO
DOMINGO

Sabato, el hombre
sensible de la
Libertadora